

Espíritu, en cuya presencia consiste tu vida, y por cuya ausencia te vendrá la muerte; asiste con gran continuacion y cuidado á su servicio, para que él asista con gran perseverancia á tu remedio. Ó Espíritu divino, de tí ha de comenzar mi bien, porque tú presides sobre todo lo que es bueno; no permitas que yo me aparte de tí, para que nunca te apartes de mí. Amen (1).

4. Últimamente, ponderaré los nombres con que la divina Escritura llama aquí al Criador (2); es á saber: Principio, Dios, Espíritu y Señor; es Principio, porque da ser á todas las cosas; es Dios, por la autoridad y potestad con que las gobierna; es Espíritu, porque las perfecciona, y da vida á las que son capaces de ella; y es Señor, porque las crió. Demás de esto, como toda la santísima Trinidad hizo esta obra, el Hijo se significa por el nombre de Principio, porque con su sabiduría dió principio á la traza de todo lo que se crió. El Padre se queda con el nombre de Dios, por la omnipotencia que tiene de sí mismo, sin recibirla de otra persona. El Espíritu Santo se llama Espíritu, por el oficio que hizo de vivificar y perfeccionar las criaturas con su bondad, aunque todos tres lo hicieron todo, y á todos tres conviene el nombre del Señor, por el señorío que tiene sobre las criaturas, por título de la creacion; así entonces como dice santo Tomás (3), tomó Dios el nombre de Señor, y la posesion de su señorío, porque entonces comenzó á tener criaturas, esclavos y criados de quien fuese Señor y á quien pudiese mandar. Por lo cual le daré el parabien de este nuevo nombre con un corazón muy agradecido. Ó Dios eterno, cuyo señorío, cuanto á la potestad, es eterno; gracias te doy, porque te dignaste de criar tantas criaturas, de las cuales fueses legitimo Señor. Gózome de que seas Señor nuestro, Señor de todos los señores, y único Señor de quien todo señorío procede. Y pues eres mi Señor, mira por mí que soy criatura tuya; toma posesion de mí, de modo que como fiel siervo siempre me ocupe en servirte á tí por todos los siglos. Amen.

### MEDITACION XIX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL PRIMER DIA.

PUNTO PRIMERO.—*De la luz.*—1. *Dijo Dios: Hágase la luz, y fué hecha la luz; y vió Dios á la luz que era buena, y dividióla de las tinie-*

(1) D. Thom. 1 p. q. 43, art. 6. — (2) Joan. viii, 28. *El Hebreo dice: In principio Dii creavit*, para denotar la trinidad de personas con unidad de esencia y de virtud en obrar. — (3) D. Thom. 1 p. q. 13, art. 7.

*blas; y á la luz llamó dia, y á las tinieblas noche* (1). Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, viendo las tinieblas en que estaba el mundo, para perfeccionarle hizo ante todas cosas la luz, como quien enciende una hacha en una casa muy oscura, para que pueda entrar gente dentro de ella; ponderando cuán miserable estuviera el mundo sin esta luz corporal, y cuántos bienes trae consigo, porque ella descubre las obras de Dios, y las cosas hermosas y vistosas del mundo. Sin ella no podemos ver ni andar, ni hacer convenientemente las obras corporales. Es causa de grande alegría en todos los vivientes, y con ella se causan grandes influencias y virtudes para su conservacion; por todo lo cual, viendo Dios la luz, dijo que era buena y muy conveniente para el fin del universo, y muy provechosa para todos los vivientes. De donde tomaré motivos para dar gracias á Dios por este beneficio de la luz; y cada día que sale el sol, y de nuevo causa la luz, alabaré al Criador por ella, y porque me dió ojos para verla y gozarla, y por la alegría que con ella recibo, acordándome de lo que dijo el ciego Tobías: *¿Qué gozo puedo tener estando en tinieblas, sin ver la luz del cielo* (2)? Tambien sacaré propósitos de aprovecharme de esta luz, para el fin que Dios la crió, para ver sus obras, y glorificarle por ellas, condoliéndome de los pecadores que aborrecen cosa tan buena para pecar mas á sus anchuras, conforme á lo que dijo Cristo nuestro Señor: *El que hace mal, aborrece la luz, porque no se sepan sus obras* (3).

2. *De la luz espiritual.*—De aquí subiré á considerar la excelencia de la luz espiritual, con que Dios perfecciona las almas que viven en tinieblas, y en oscuridad y sombra de muerte; y de sí no tienen otra cosa que tinieblas de ignorancia y culpa; la cual luz comunica Dios con grande gusto, porque gusta de que todos le conozcan, y vean sus gloriosas obras, y con ella vean lo que han de hacer, y cómo le han de servir y han de caminar á la vida eterna (4); y por medio de esta luz les comunica influencias celestiales de gracias y virtudes, y llena sus corazones de alegría. Por lo cual, viendo Dios esta luz, dice que es buena, y con excelencia buena, con todo género de bien honesto, útil y deleitable, porque es muy conveniente para el fin sobrenatural de la gracia, es principio de las virtudes, provechosa para todas las buenas obras, y deleitable en el ejercicio de ellas; y si tantas gracias debo á Dios por la luz corporal, ¿cuánto mayores las he de dar por esta luz espiritual, que

(1) Genes. 1, 3; D. Thom. 1 p. q. 67, art. 4. — (2) Tob. v, 12.

(3) Joan. iii, 20. — (4) Psalm. iv, 7.

es incomparablemente mejor? Ó Padre de las lumbres, de quien todas proceden, gracias te doy por estas dos luces que hiciste para alumbrar mi cuerpo y alma; alabado seas mil veces por la luz corporal con que veo todas las cosas visibles, y millones de veces seas glorificado por la luz espiritual con que veo las invisibles (1). Mira, Dios mio, la oscuridad de mi alma, compadécete de ella, y pues tú eres la fuente de la luz, alumbrá con ella mis tinieblas. Ó resplandor de la gloria del Padre, Luz de quien procede la luz, Luz de luz, Fuente de la luz, y Día que alumbras el día, sácame de las tinieblas en que estoy, y hazme hijo perfecto de la luz (2). Convierte mi noche en día, para que camine creciendo como la luz de la mañana, hasta el día perfecto de tu eternidad (3). Amen.

—Al modo de este coloquio, sacado en parte de un himno de la Iglesia, se pueden hacer otros, tomados de los mismos himnos que se cantan en los Maitines y Láudes, y Vísperas de las ferias, los cuales están llenos de afectos y alabanzas de esta luz.—

PUNTO SEGUNDO.—1. Lo segundo, se ha de considerar el modo que tuvo Dios en hacer la luz, ponderando tres cosas.—La primera, que hizo la luz el primer día, porque la luz corporal, con su presencia, es causa del día, y sin ella no hay día; y la luz espiritual es la primera perfección, y como primicias de la perfección cristiana, sin la cual no hay dar paso en ella, porque, como dice David: *Vana cosa es levantarse antes de la luz* (4). Y así tiene cuidado nuestro Señor de prevenirnos al principio de la vida, y cuando estamos en tinieblas, con alguna ilustración y rayo de su clarísima luz, para que podamos caminar y trabajar en su servicio. Ó luz verdadera que alumbras á todo hombre que por el uso de la razón entra en este mundo (5); previéneme con tu luz, para que te conozca y ame, ayudándome á prevenir la luz del sol (6), para que ocupe la primera parte del día en adorarte y bendecirte, por la grandeza de las misericordias con que me previenes para remediar mis miserias.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Dios nuestro Señor en este primer día solamente hizo la luz, aunque pudiera hacer otras muchas cosas; pareciéndole bastante empleo de aquel día sola esta obra, y que la luz hiciese su curso por el hemisferio del mundo, desterrando las tinieblas y haciendo entero el día. Con lo cual significa la estima que tenía de la luz, y la que nosotros debemos tener de la luz espiritual, ocupándonos totalmente en procurarla, y

(1) Psalm. xvii. 29; Ecclesia in hym. Laud. fer. II. — (2) Ephes. v. 8.  
(3) Prov. xiv. 18. — (4) Psalm. cxxvi. 2. — (5) Joan. i. 9. — (6) Sap. xvi. 28.

gastando á veces algun día entero, ó alguna hora del día, en atender á solo esto, dando de mano á otras ocupaciones, hasta cumplir nuestra tarea enteramente, y perseverando en esto hasta el fin, como persevera este curso de la luz todos los días. Ó Sabiduría divina, que saliste de la boca del Altísimo, primogénita antes de todas las criaturas, y después hiciste que naciese en el cielo una luz perpetua que nunca faltase (1), comunicame parte de tu soberana luz, con tanta firmeza, que nunca desfallezca, hasta que la reciba cumplida en tu eterna gloria. Amen.

3. Lo tercero, se ha de ponderar como toda la santísima Trinidad, con su imperio amoroso, y con grande gusto, hizo esta luz, y se agradó de ella. Lo cual denotan aquellas palabras de la Escritura: *Dijo Dios: Hágase la luz*. Esto es, dijo el Padre por su Hijo, que es su palabra eterna: Hágase la luz, y al punto quedó hecha. Y viendo con su sabiduría que era buena, con su espíritu de amor la aprobó y se agradó de ella, y como es propio de la bondad comunicarse, quiso que la luz se fuese comunicando por el hemisferio del mundo, como está dicho. Ó Trinidad beatísima, gózome del buen agradamiento que tienes en la luz criada, por el gusto que te da la luz increada. Ó Padre soberano, por el amor que tienes á tu Hijo te suplico digas dentro de mi alma, *Fiat lux*, hágase aquí la luz, porque luego se hará; y hazla, Señor, de manera que me santifiques, para que tu Santo Espíritu venga con ella, y more en esta casa de su luz por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Lo tercero, se ha de considerar como Dios dividió la luz de las tinieblas, y á la luz llamó día, y á las tinieblas noche, queriendo que en la tierra hubiese sucesión de luz y tinieblas, de días y de noches, para que los hombres trabajasen de día con la luz, y descansasen de noche con las tinieblas, cesando del trabajo para dar alivio al fatigado cuerpo. En lo cual se descubre la suave providencia de este Señor, que así proveyó lo conveniente para nuestros cuerpos. Por lo cual le debo dar gracias, así por la luz, como por las tinieblas, convidándolas á que alaben á Dios con aquellas palabras del cántico: *Benedicite lux et tenebræ Domino*, etc. *Benedicid al Señor, la luz y las tinieblas, los días y las noches; alabadle y glorificadle por todos los siglos. Amen* (2).

2. Pero subiendo de aquí á contemplar lo espiritual, ponderaré la diferencia que hay entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, porque Dios nuestro Señor, como dice san Juan, es la mis-

(1) Eccli. xxiv. 5. — (2) Dan. iii. 72.

ma luz, sin que haya en él tinieblas (1); y los bienaventurados en el cielo, por la participacion de su gracia, siempre son luz sin mezcla de tinieblas. Y en el cielo, como dice en el Apocalipsis, no hay sucesion de noches y dias, porque allí no hay noches (2); pero en la tierra hay de todo, con mucha sucesion y division. Porque lo primero, unos hay buenos que viven como hijos de la luz, y como quien anda de dia; otros son malos, que viven como hijos de tinieblas, y como quien anda de noche; y uno mismo en un tiempo es hijo de luz y en otro de tinieblas: y Dios divide á éstos, aprobando los unos y reprobando los otros. Porque, como dice san Pablo, no conciertan bien, ni puede tener compañía luz con tinieblas (3). Por tanto, alma mia, mira cómo vives, y allégate al bando de los hijos de la luz, para que cuando venga el supremo Juez á dividirlos de los hijos de las tinieblas, te quepa su dichosa suerte, gozándote con ellos en la eterna gloria. Amen.

3. Demás de esto, en la tierra hay gran division de luz y tinieblas, de dias y noches en varios hombres, aunque sean justos, y en uno mismo en diversos tiempos, porque ya está en prosperidad, ya en adversidad; ya en honra, ya en deshonra; ya en devocion de espíritu, ya en sequedad de corazon; ya con grandes ilustraciones interiores, ya con grandes tinieblas y falta de ellas. Y esta division hace Dios para ejercicio de sus escogidos, y la aprueba y se agrada de ella, porque conviene esta sucesion de la luz y tinieblas para el bien de su alma; y así me tengo de alegrar de ella, y darle gracias por lo uno y por lo otro, pues su providencia lo trazó para darme por este camino la eterna luz de su bienaventuranza. Ó Padre soberano, que con tu palabra apartaste la luz de las tinieblas, alumbrá nuestros corazones, de modo que alcancemos la luz de la ciencia y claridad divina que resplandece en el rostro de tu Hijo (4), imitando aquella claridad de su vida, para que despues gocemos de su gloria. Amen.

4. Finalmente, ponderaré que pues Dios puso nombre á la luz y á las tinieblas, llamando á la luz dia, y á las tinieblas noche; yo estoy obligado á conformarme con los nombres que de tal sabiduría procedieron, teniendo por luz y por dia, y por virtud, y santidad y prosperidad á lo que Dios tiene por tal, y llama por tal nombre; y de la misma manera teniendo por tinieblas y por noche, y por vicio, y culpa y adversidad á lo que Dios pusiere tal nombre, porque no me comprenda la miserable amenaza del Profeta, que dice: ¡Ay

(1) I Joan. 5 y 9.—(2) Apoc. xxi, 25.—(3) II Cor. vi, 14.—(4) II Cor. iv, 6.

de los que llamais bien al mal y mal al bien (1), confundiendo las tinieblas con la luz, y la luz con las tinieblas! Ó luz inmensa, alumbrá nuestros corazones con la luz de la ciencia y claridad que resplandece en el rostro de Jesucristo (2), para que nuestro sentir, hablar y obrar sea en todo conforme al suyo, pues quien le sigue no anda en tinieblas, sino siempre tendrá luz de vida, gozando con él de su eterna gloria. Amen.

## MEDITACION XX.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL SEGUNDO DIA.

PUNTO PRIMERO.—*Del elemento del aire.*—1. Dijo Dios: *Hágase el firmamento en medio de las aguas, y divida unas aguas de otras; é hízose así. Y llamó Dios al firmamento cielo* (3). Lo primero, se ha de considerar como el segundo dia Dios nuestro Señor hizo ó perfeccionó el firmamento, que es todo lo que ahora hay desde la tierra y agua hasta el cielo, que se crió al principio, que por lo menos es la region del aire. En lo cual he de ponderar la grandeza de este beneficio, por los grandes bienes que nos vienen con el elemento del aire; porque con él respiramos y vivimos; dentro de él andamos siempre; por el aire vienen las especies de las cosas que ven los ojos, los sonidos, músicas que oyen los oidos, y los olores suaves que percibe el olfato; por el aire bajan del cielo la luz y las influencias de los planetas, las lluvias, nieves y rocíos; por el aire andan los vientos y las nubes, y de él se hacen muchas cosas necesarias para nuestra vida. Por todo lo cual tengo de dar gracias á nuestro Señor con grande afecto, y á cada respiracion que hago, atrayendo el aire fresco, habia de respirar otro afecto de alabanza y amor. Unas veces provocaré á mis ojos, oidos y olfato, y á mi corazon y entrañas, que alaben á Dios por este beneficio del aire de que gozan, y por medio del cual viven y hacen sus obras. Otras veces provocaré al mismo aire, y á todas las cosas que vienen y andan por él, para que glorifiquen á su Criador.

2. Tambien puedo ponderar el secreto de este nombre firmamento, porque no era mucho llamar firmamento á los cielos, que, como se dice en el libro de Job, *son macizos y fundidos como el bronce* (4); pero siendo el aire la cosa mas fácil de moverse y alterarse

(1) Isai. v, 20. — (2) II Cor. iv, 6. — (3) Genes. i, 6; D. Thom. 1 p. q. 68.

(4) Job, xxxvii, 18.